

CUADERNILLO
DE POESIA
COLOMBIANA

Amor en la alta Esfera misteriosa;
amor en la Techumbre descolgada;
amor en la Creacion atravesada;
amor en las espinas de la roca;

EDICIONES DE
UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
BOLIVARIANA

amor en la ansiedad de cada herida;
amor en cada clavo, que luz vierte;

amor en cada sien y espina dura;
amor en el regalo de la vida;
amor en el amor de la muerte

No. 62

GILBERTO GARRIDO

P R E S E N T A C I O N

Por Jorge Montoya Toro

La poesía de Gilberto Garrido retuerce su lamento en espiral ascendente hacia Dios. Treno bíblico redivivo, dice del conturbado espíritu en lucha constante contra la voz de las tinieblas. Aquí la mística serenidad de otras voces clamantes cede el paso al amargado clamor que se viste de ceniza penitente. El poeta, por un sendero de espinas, hace brotar las rosas de la deleitosa presencia divina en el alma, y entrega los frutos sazonados de la mística contemplación.

El Valle —lo dijimos en otra ocasión— ha sido tierra propicia para el florecimiento de la poesía de perfiles místicos. Allí se han alzado las más altas voces anhelantes de comunicación divina. En retorno al eterno venero de la mística castellana, los poetas de esta privilegiada comarca colombiana han aunado, al claro acento de aquella, la desgarrada voz de un siglo que se debate entre la materia y el espíritu. Por ello el idioma se hace imprecatorio, y abandona el cauce sereno para enrumbar por la retorcida quejumbre de la llama que se consume cantando.

La voz poética de Gilberto Garrido está saturada de amargas hieles. El dolor ha ido tatuando su indefinible perfil sobre el acento del gran poeta vallecaucano. El verso brota sangre, sangre generosa que dice de la abundancia de un corazón en trance perenne de belleza. Y afirmando así lo humano de su desgarrado clamor, despoja, por otra parte, de viles escorias, la pureza de su cántico que tiene ansias de elevación, actitud ascendente hacia el reino de la verdad.

Estos poemas de Gilberto Garrido tienen la virtud de la sinceridad. El poeta no asume poses, ni trata de acomodarse a un lenguaje estereotipado por otros imitadores de los místicos. Su voz es auténtica, su angustia responde a un sincero dolor, su hálito contemplativo proviene de un alma sumida en los mundos del misterio divino. Su verso reconcilia la tierra con el cielo, acerca hasta nosotros —misericordia y barro precedero— la inefable presencia de Dios.

S I G N O

Hombre: tu claro espíritu del soplo impuro cuida
para que sean una tu llama y tu ceniza,

para que en el recuerdo de tu vivir subsista,
de luz que nunca muere, la estrella que te guía;

y a tu apagado pecho y a tus sienas vencidas,
honda de claridad sea la tierra amiga.

Mata la voz oscura que se atreva a tu vida,
la espada de la luz defiende y purifica.

Sangre? La de los Vasos que atesoran la misa
y en las humildes mieses del Señor se ilumina.

Quémate en la Verdad como en lumbre beatífica,
y en la muerte, estará tu lámpara encendida.

Guarda la Cruz tus ámbitos, y enciéndase cautiva
tu ánima en la Dulce Fortaleza Divina,

como de oriente fúlgido la perla en Dios se aviva
con cielo y mar llenando su orbe sin orillas.

Goza en la soledad de tus graves vigiliass
el reflejo de Dios en su Altura Infinita.

Y verás que la sombra que a tu lado camina
va haciéndose, va haciéndose de cristal como el día.

CENIZA

Me das la mano, hermano,
con Dios en el abismo de la pena.
Deste ardido gusano
su Hondo Silencio llena
la Noche que conturba y enajena.

Música siempre oída,
fuente de salmos, arpa silenciosa,
herida, contenida,
voz del Cielo gozosa,
arcana sinfonía prodigiosa.

Tu coro alejandrino
viene a mi cal. Soy lumbre que agoniza
Corta Dios mi camino,
y su Soplo eterniza
la suspirada voz de mi ceniza.

Voz que en humilde yedra
camina con la luz, de rama en rama
en la copa de piedra
donde el recuerdo es llama
insomne y fiel del polvo que me ama.

Piedra, credo sellado
de mi dolor, mi forma consumida,
mi ciego libro amado,
mi muda voz dolida,
una de la esperanza renacida.

Piedra de Dios que alumbra,
al fondo de la muerte, el claro instante
que mi ansiedad vislumbra:
pronto vuelo triunfante,
Señor, a mi agonía caminante!

Clavado en Ardua Cima
—clavos en Tí!— me acudas y me peses;
Tu dolor me redima
por mi dolor me apreses
en la Amorosa Cárcel de tus Mieses.

En el dolor caído,
honda en el corazón lanza despierta,
álzame hasta tu Nido:
mía Tu Mano Cierta!
mía tu Patria de la Nave Abierta.

Azul, Azul Sereno,
Azul de Eternidad, Casa y Abrigo,
Miel del Amor, Pan Bueno
de la Alta Luz del Trigo,
y Dulce Pecho del Mejor Amigo!

Arbol de la Hermosura
que al Cielo abisma y a la Luz asombra,
da celeste dulzura
al labio que le nombra,
y el Infinito mide con su Sombra!

No ya me embriaga el canto,
De arcargélica voz llégame el trino
por la escala del llanto:
la canción es buen vino
si es oración en vaso cristalino.

Mi vaso tiene ahora
casto sabor: ya es cáliz de la Estrella
que triste el alma llora:
si Tú me das por ella
el consagrado Vino de Tu Huella!

Por ella! Tuya y mía:
fiel a mi soledad y a Tu Costado;
pastora que me guía
como vivo cayado;
estela de Tu Monte iluminado.

Puerta del cielo, imploro
tu claridad, ahora que me tienes
dueño de tu Tesoro,
y en mis quemadas sienes
en cero sepulcral todos mis bienes.

SOMBRAS DE SATAN

Sin luz ni amor, al desolado
abismo llama su clarín:
el pan y el vino del pecado
para el diabólico festín!

Sombrío, el Foro prevarica,
el Dolo es canon, y el ladrón
torvas las manos, multiplica
por diez caminos su pasión!

Vid caída en lagar de oro,
sangra la vida de la Ley:
tasa el togado su tesoro,
y es el decoro de la Grey!

Y esa del odio que revierte,
fiel enemiga de la Cruz,
esa que vive de la muerte
en el vacío de la luz,

garfiada voz homicida,
zumba con hálito letal
de mosca verde relamida,
frente a la roca de cristal.

Vive de sí, vive y pervive,
fatal, cautiva de su red,
como en el cardo seco vive
de su propia llama la sed.

Animo vil, soplo que afrenta
rencor, instinto roedor,
espino agrio que sustenta
el gusano del desamor.

Sangre ciega, sin vida, vólculo
de hombre sin fe ni celsitud,
activa hez, voraz convólculo,
necrosis, muerte y ataúd.

Pasó por mí! Su huella arpella
me dejó mío, en mi unidad.
Y tú, Señor, tienes la estrella
con que mides mi claridad!

Que yo maté! Claro: la Sombra
cae muerta, muerta de mí
en el instante en que me nombra
mi relámpago mata así!

Dón de la luz! Sentido eterno
del Sér! Divino resplandor!
Y las pezuñas del Infierno
hollando el Monte del Señor!

Trompa arcangélica! Retumba
tu trueno lúgubre, y la cal
revienta, sordo, de la tumba,
negra del Mal! Juicio final!

Pasmo de huesos, podredumbre
congelada en grumos de hiel!
Visión de espanto, sucedumbre
que hiela el sueño de Ezequiel!

Ni conmigo mortal carcoma:
inocente como la luz,
del beso que vendió la Poma
Dulce del Arbol de la Cruz!

Pozo muerto, pozo leproso,
cama y escama de reptil.
No mi lucero generoso
frente a su pérfido candil.

Hipo soez, saburra, asco,
no me podían alcanzar,
ni el Maldito dorar su casco
en mi lumbre! Debo cantar!

Tu lanza, oh Dios!, es la Esperanza
el más vivir! el no morir!
Atravesado por tu lanza
vivo más cierto de vivir!

Tierra niña, barro inocente
un día fui terrón de luz,
cuando en un beso transparente
subí a la Frente de la Cruz!

Tú, mi Señor, Tú de tu abismo,
Tú de tu Honda Eternidad,
Tú la Unidad en el Guarismo,
Todo el Guarismo en la Unidad!,

me diste en sales de ternura
esta forma de ser feliz:
y en su serena nervadura
invulnerable mi raíz!

Mi vida alegre hacerla triste?
Tu Mano Abierta rechazar?
La dulce hoguera en que me diste
con zumos acres apagar?

Yo de panales y de nidos
y de senos altos de miel,
dándoles hiel a mis sentidos
caído, ciego, duro, infiel?

Si bebí agua cristalina
en la colina maternal,
cómo ser de sangre malina
para la Luz de tu Rosal?

Yo hierro de sangre medrosa?
Yo sin luceros de canción?
Y tu Luz de mi cuidadosa
dando fe de mi corazón!

A la frente del día sube
maravilla que jamás vi:
mordiendo en una bella nube
una jeta de jabalí!

Larvas del espíritu, oscuras,
vaho falaz, diénte voraz:
a mis cristianas ataduras
si queréis conocer la paz!

Y un recuerdo sin llama, pálido,
enternece mi madurez:
contra el Azul, halcón inválido
aletea su desnudez!

Esmalte infiel urde la hebra
que dora el manto de Crispín:
el traje a rayas de la zebra
con el penacho de la crin!

Señor!, tus Ambitos Divinos,
tus Molinos de Luz, tu Pan,
tu Nudo de Cuatro Caminos
contra esta noche de Satán!

LAS DOS PRINCESAS

Ya apagado, sin gloria, el Angel
cae de la Luz, como una piedra
dejando en su giro mortal,
estremecidas, las esferas.

El golpe rasga las más duras
ligaduras de la Promesa,
y lo que fuera luz con Dios,
es, ya sin Dios, sombra perpetua!

En la universal extensión
abre su clámide maléfica:
el rey terrible de la noche
en el pecado se concentra.

Por fecundar su estéril sombra,
maldice, desnudo de estrellas,

y nacen, sin piel, sus dos hijas,
pálidas, blandas, macilentas;

Envidia que no morirá,
y Calumnia, que vive della.
El infierno funde en sus sienes
coronas de llamas eternas.

Eblis canta. El malvado espíritu
le dio a su imperio dos princesas
que con desvelado rencor
llenarán de sombra la tierra.

EXTASIS

En la tierra humilde,
bajo el arco insomne
que apaga los días
y enciende las noches;
sobre dura piedra
fría de emociones,
la sien, agobiada
de ritmos sin nombre,
me dormí. Velaron
mi sueño los dioses.
Y empecé a soñar:
mi disco de bronce
lancé; los caminos,
en red poliforme,
se tendieron ágiles
a mis pies. Adónde?

Cabe en el recinto
de un sueño, en el vórtice
del sér y el no sér,
la suma que asombre?
Buscando el misterio
que la vida esconde
medí sin descanso
los valles, los montes,
los lagos tranquilos,
los mares feroces;
amansé las crines
de ríos enormes;
de salvajes piélagos

las linfas salobres
bebí, en los confines
del sur y del norte.

Del mar en el éxtasis
que al cristal se acoge
y erige montañas
de ateridos bloques,
alzado en un pico,
ya del cielo al tope,
fuíme de la tierra
por la ruta exórbite,
cargado de abismos,
lleno de canciones,
cifrando las claves
que pueblan los orbes,
y viendo y midiendo
con cintas de soles
el ancho camino
de los horizontes.

En rítmicas rondas
perpetuas, millones
de mundos marchaban
lentos y veloces.
¡Silencio! ¡Silencio!
¡Mirad! ¡Es el Hombre!,
díjoles Urania,
de estrellada corte.
Del rútilo enjambre
las pesadas moles
irguiéronse mudas;
huyeron las voces,
y sobre los vastos
sistemas informes
tendieron los siglos
sus cadenas móviles.

Y en el libro abierto
de los astros, donde
ya la luz serena
define y expone,
al pie de una página
de signos menores,
con luz de luceros
escribí mi nombre.
El trémulo instante
que cruza a galope
por la faz del tiempo,

detúvose entonces.
Las albas despiertas
volaron del códice,
y me sonrieron
las constelaciones.

ILUMINACION

Vibraba el sol. Ardía el orbe
bruñido en luz. Daban reflejos
las cortezas carbonizadas
en la canícula de fuego.

El poeta posó la frente
en la muerta raíz de un cedro,
y se durmió. Vino la noche
y alimentó sus pensamientos.

Al alba, huéspedes cantores
columpiábanse en ramos frescos,
y se enredaban en los copos
hilos de luz de los luceros.

Era la fuerza del estío.
Sobre el rescoldo de los yermos
extendían los otros árboles
los desnudos brazos abiertos.

TEDIO DEL MAR IGNOTO

Oh! tedio de horizontes,
y este duro cansancio,
mi desierto de sal
y mi cielo sin pájaros.

Me surcasen navíos,
y así tuviese cantos
con airecillos frescos
de países lejanos.

Tal vez alguna niña
de ojos asombrados,
por cifrar la ilusión
me arrojase su cántaro,

donde la linfa, un día,
de un arroyo lontano,
ahogara sus sueños
de dulce azahar cándido.

Yo, mar ignoto, ciego
de perlas e hipocampos,
cómo guardase aquella
dulce forma de barro!

EL DIVINO SILENCIO

Vive el silencio en la montaña
tan alta y dulce soledad,
que se dijera que es un monje
enmudecido de pensar.

El musgo aférrase a los troncos
con tal ternura en blando afán,
que con su llanto de rocío
los troncos lloran sin cesar.

De cuando en cuando las arañas
tejen sus linos, y el telar
de las velludas hilanderas
es mudo cántico a la paz.

Todo es silencio en la montaña,
del palio al vientre secular
en donde traman las raíces
su laberinto maternal.

Bosque feliz: quién fuera un árbol
en cuya añosa gravedad
se entretejeran los bejucos
en plenitud primaveral;

o un tronco humilde al que Dios diera
dulce merced de recordar

los nidos tiernos y los cantos
y las frescuras de otra edad.

Dios compasivo: dame un bosque
de musgos frescos, un panal
de olvido, una ara de silencio
en donde pueda reclinarse

esta cabeza atormentada,
de infausta nieve llena ya.
Viste, Señor, mis pensamientos
de tu infinita claridad.

Bosque feliz: dame tu sombra,
tus musgos frescos, el cendal
de tus sutiles hilanderas,
tu rocío para llorar;

y el monje azul de tu silencio,
bálsamo dulce de mi mal,
para que ore en mi retiro
con muda voz de eternidad.

A B S I D E

Siembra el árbol. El cosmos
vibra en su voz arcana.
Aprende a sus hojas
la lección sin palabras.

Tendrá en la primavera
temblorosa guirnalda,
y en el otoño humilde
desnudez en las ramas.

Holocausto encendido
en la hoguera cristiana,
será cuerpo en la lumbre
y espíritu en la llama.

Si te asalta la noche
será luz en el áncora,
y en el signo supremo
la postrera esperanza.

FANTASIA SUSPIRANTE

Vuelves a mí, oh! azul
mentira, desde el arduo
abismo en donde vives
tu sueño ilusionado.

Vienes —de luz la túnica
y de canción los pasos—
azul mentira mía,
a coronar mis años.

Mustios están. De sombra.
He padecido tanto
desde que mis ilusas
lámparas se quemaron

sobre el monte. El dolor
llenó de pena el vaso
que subía a beber
vino rosa en tus labios.

Vuelves, azul mentira
con la luz de tus manos,
a velar esta noche
de mis ojos amargos.

Y el ilusorio acento
de tu voz que no alcanzo,
le da paz a mi espíritu
de volcán apagado;
como al ardido yermo,
le da frescura el canto
que a sus arenas baja
de la copa del árbol.

AL LIBERTADOR

Bolívar: llama de misterio!
Bolívar: sol de mi hemisferio!
Vengo a tu plinto a sollozar,
y te apagaste, sombra dellas,
Les diste luz a cinco estrellas,
con tu dolor y con el mar.

Rayos, abismos, ansias, ruegos,
en tus divinos ojos ciegos
de amor nos hablan y de luz.
Numen ardido en sacro monte,
nadie te mide el horizonte:
¡sólo los brazos de la Cruz!

Urna de frondas, siempre himnarias,
te hacen las ceibas centenarias,
Padre y Señor de la heredad,
Plasmado en bronce milagroso,
como en un éxtasis glorioso
ves a tus pies la eternidad!

(Oh, verde urna temblorosa
de la reliquia más gloriosa,
sientes por ella tanto amor,
que cuando ya la luz declina
toda tu nave se ilumina
con un divino resplandor!)

Cómo me atedias, Padre inmenso,
perenne amor, dolor suspenso,
que el alma hieren con afán.
Es tan sagrada tu tristeza,
que cuando sopla en tu cabeza
pasa en silencio el huracán!

EL VIAJE

Luz. La del alba.
Ilusión. Nave azul y rosa y blanca.
Viento de Dios y música del agua.

Luz. La del día.
Tempestad. Velas rotas. Débil quilla.
Brújula ciega. Nave a la deriva.

Luz de la tarde.
Abismo. Azul de Dios. Ruego en la nave.
¡Guía la estrella los desnudos mástiles!

A M O R

Amor en la alta Esfera misteriosa;
amor en la Techumbre descolgada;
amor en la Creación atravesada;
amor en las espinas de la rosa;

amor en la agonía dolorosa;
amor en la honda queja suspirada;
amor en la Azucena desmayada;
amor en el pavor de cada cosa;

amor en cada rota coyuntura;
amor en la ansiedad de cada herida;
amor en cada clavo, que luz vierte;

amor en cada sien y espina dura;
amor en el regalo de la vida;
amor en el tesoro de la muerte.

R I M A

Aquella vez que hundió en mi vida
la aguda pena su agujijón,
por una antítesis del alma
la vida amé con más amor.

Tángo ennoblece las pasiones
la pesadumbre en su crisol,
que hasta la dicha es más intensa
con un poquito de dolor.
